

[PRESENTACION DE OBRA]

Carmen Caro

Artista colombiana interdisciplinaria y trabajadora de derechos humanos enfocada en la práctica artística como metodología de investigación e incidencia. Su trabajo se ha desarrollado desde la escucha como postura política y estética en torno a proyectos de construcción de paz, creación sin opresión y respuesta al conflicto apoyando a colectivos de base como la comunidad de la que viene y otras en Colombia, además de ejercer su práctica en Guatemala, territorios palestinos y territorios del norte global. Es fundadora y coordinadora de espacios de formación de Radio Juntanza, plataforma de investigación, difusión y apoyo a procesos territoriales y de resistencia a través del cuidado colectivo y el arte como herramienta de cambio social. A través de su práctica artística, busca desdibujar las barreras entre el arte, la naturaleza como sujeto, los fenómenos físicos y naturales, así como la comunidad, integrándose en procesos de resistencia y autodeterminación a través de la creación colectiva, el sonido, los fenómenos físicos y el lenguaje. Busca generar espacios de reflexión y visibilidad en torno a los sistemas de opresión y sus patrones globales a través de la escucha de territorialidades en resistencia y prácticas éticas desde las artes.

Aluvión: el perdón como acto revolucionario. Un límite es un punto de diálogo

> Mi trabajo es un nudo apretado entre el territorio y la emoción, el duelo individual y colectivo, la palabra y el encuentro. Habito con una de las materias más fundamentales en los procesos de cambio colectivo: las emociones compartidas. Mi quehacer está profundamente vinculado al acompañamiento y a la búsqueda constante de esa energía vital que emana del sentir colectivo.

Enfrentarnos al paradigma moderno revela las consecuencias de sistemas neoliberales y extractivistas que han moldeado nuestras formas de vida. Esta separación entre lo humano y lo natural no solo es artificial, sino también una expresión de miedo: el miedo que impulsa el deseo de la ilusión máxima: el control. Pero la naturaleza no es solo entorno: determina profundamente lo que somos, lo que sentimos, nuestras raíces, nuestras luchas y la forma en que trazamos nuestros caminos tanto a nivel individual como colectivo.



He buscado transitar un camino artístico más coherente con esos principios: un ejercicio complejo, compasivo y autocompasivo que implica repensar la práctica artística desde la congruencia con la vida. Esta congruencia no se trata únicamente de un discurso, sino de una praxis que valora lo inmaterial y lo relacional como territorios fundamentales para la creación.

Ejercicio en el terreno de lo posible, de lo imaginario que puede hacerse real, de lo complejo que puede ser transformado. Mi padre y mi abuelo alimentaron una noción de revolución que funciona como un grano de arena, que no se nota pero sí hace falta, que pulula en la termodinámica de la diferencia. En mi caso, esa utopía tomó la forma de una revolución que ha cambiado junto con mi proceso de maduración. Recuerdo en particular 2016, cuando viajé por primera vez al ECTR (Espacio Territorial de Capacitación y Reincorporación) Urías Rondón, en La Macarena, en el Meta. Al trabajar con firmantes de paz, encontré otra idea de revolución: una que nacía del perdón. No un perdón abstracto, sino uno que se construía colectivamente, más allá del dolor, como afirmación de una nueva identidad.

A lo largo de mi vida, me ha resultado imposible separar mis procesos personales de mis preguntas colectivas. Tuve que evaluar mi propio dolor y preguntarme qué tipo de perdón necesitaba. No era un perdón dirigido a un evento específico, sino un perdón sistémico, necesario para no perder aquello que ninguna opresión puede arrebatar: la dicha. Transitar un duelo es un privilegio. Lo curioso del duelo es que nos enfrenta a la noción de *muerte* y de *final* mientras seguimos vivos. Y eso es profundamente contradictorio. Tenemos que seguir respirando, alimentándonos, durmiendo, sobreviviendo, mientras por dentro algo se desmorona. Esos duelos ideológicos duelen tanto como los emocionales, y enfrentarlos exige también una rendición.



< <

Aluvión, 2018,
Carmen Caro
lozas de tierra roja
35 x 50 cm

< <

Aluvión, 2018,
Carmen Caro
Serigrafía realizada en el ETCR
40 x 70 cm



*Puede más la
esperanza que el
miedo.*

Uno de ellos fue tras la firma del acuerdo de paz en Colombia, cuando en 2018 varios de los firmantes con los que había trabajado regresaron a las armas. Una parte de mí comprendía ese retorno, dado el incumplimiento del Estado. Pero otra parte sentía que esa decisión ponía en riesgo los esfuerzos de quienes sí querían sostener, aunque fuera una paz incompleta. En ese momento, trabajaba con los nidos de hormiga de fuego y las tierras rojas de la selva, cuyas materialidades se convirtieron en un aluvión, una pieza hecha de losas de tierra roja con manifiestos escritos con pigmento hidrofóbico, visibles solo con la lluvia que afirmaban la identidad atravesada por el perdón como territorio y posibilidad.

En las selvas del Caquetá, durante esos tres años, también comencé a deconstruir la colonialidad que llevaba dentro. En uno de esos días saturados de memorias, no soporté más el peso de las preguntas. Corrí descalza por la selva hasta encontrar un claro: lo que llaman un “bailadero de brujas”, ese espacio en el bosque donde ciertos árboles impiden que crezca vegetación baja, formando una especie de pista de baile natural. Me acurruqué allí, en el centro de ese silencio verde, y le pedí a mi abuela Delia que me diera fuerza. Con el tiempo, comprendí algo que ya nos han enseñado las potencias revolucionarias y afectivas de este territorio: que, al liberar a nuestro opresor, nos liberamos a nosotros mismos. Que el perdón, aunque no borra lo vivido, posibilita un baile de construcción identitaria.

Aluvión, 2018,
Carmen Caro
lozas de tierra roja
35 x 50 cm



Seguí mi camino hacia otras selvas, hasta llegar al Pacífico colombiano. En un mural que pintaba, escuché que uno de los hijos de los comandantes que aún defendían el acuerdo había sido asesinado. Y supe que ese territorio ya no me permitiría volver. Creo que los duelos no se terminan: se superponen, se sanan unos con otros, se entrelazan como un rizoma. Con los años, cada nuevo espiral del camino permite comprender lo que antes era inasible. Como si la muerte y el final de los ciclos fueran también una forma de aprendizaje que nos prepara para lo que aún está por venir.

En el Pacífico, conocí a muchas personas que ejercen, sin nombrarlo, procesos profundos y potentes de cuidado colectivo. Simplemente existen como espacios necesarios que se desenvuelven naturalmente ante lo que ocurre. El cuidado colectivo no es impuesto. Es orgánico, vital. Y, en esa congruencia tangible entre el mundo natural, el cultural y el espiritual, hay una firmeza silenciosa, sostenida por una conciencia profunda del valor de la palabra como creadora de mundos y del vínculo con el entorno.

Un tigre no mata a un tigre, 2022
Carmen Caro
Texto y sonograma,
Bahía Solano, Chocó,
800 x 100 cm





Ahí encontré el sonido no solo como materia artística, sino como posibilidad de volver tangible ese cuidado. Y comprendí que lo que estoy construyendo con mi práctica artística no son objetos sino vínculos. Los objetos responden a las necesidades del mercado, y el mercado no responde a las necesidades del pueblo.

El día en el que debía tomar un barco para irme de esa selva, un amigo, líder de la comunidad, murió. Subí a un barco por un día con una náusea profunda y la frustración de no sanar el dolor de su madre, mi amiga. Después llegó el final de un vínculo profundamente nutritivo y sordo, y la muerte de mi abuelo. Entonces acudí a las sabedoras de las huertas, para intentar comprender qué significa sanar: territorialmente, emocionalmente, colectivamente. Qué es sanar en los espacios que hemos habitado y en los que han sido habitados por el extractivismo tanto material como vincular.

Así fue como empecé a conformar espacios de escucha y prácticas radiales que terminaron convirtiéndose en una organización. En ella, hasta hoy, contribuimos a la construcción de prácticas artísticas e investigativas no opresivas en comunidad. Esa urgencia surgía de no querer replicar las mismas dinámicas bajo las cuales nosotros también habíamos sido instrumentalizadas: víctimas de la extracción cognoscitiva y epistémica.

V
V

*Carmen escuchando el
ultrasonido de un ternero
recién nacido, 2022.*

La escucha me llevó a hacer monitoreo de derechos humanos en Palestina. Allí conocí colegas con quienes compartía no solo afinidades ideológicas, sino también contextuales. Con ellos transformé una noción profundamente colonial que aún habitaba en mí: la de la revolución absoluta. Comprendí que no necesitamos que nuestras formas de resistencia sean reconocidas por las mismas instituciones que ejercen la opresión. Entendí que muchas de las revoluciones que he visto fallar, incluso las que acompañé en mi propia tierra, no eran fracasos absolutos. Más bien, eran formas de cuidado colectivo. Eran construcciones identitarias con lo que se tiene a mano, con lo que resiste, hacia el llamado a la acción.

Detalle de un tigre, 2022,
Carmen Caro
Sonograma de ralladura
de coco y olas de mar



2:35





∨
∨

*La certeza de la vida, 2025,
serigrafía, 50 x 23 cm*

Mural en Silwan, Jerusalén,
Palestina ocupada

∧
∧

el amor/ la acción es la certeza de la vida
الحب / الفعل هو اليقين بالحياة

Esta revista se distribuye principalmente de manera electrónica.
No se comercializa.
Encuentre su contenido en:
<https://revistas.javeriana.edu.co/index.php/cma/index>